

El bocadillo de Nocilla

El bocadillo de chorizo frito se encontraba frente a mí todavía demasiado caliente como para realizar algún intento de llevarlo a la boca, por tanto, me dediqué a quitarle la espuma a la cerveza que rebosaba por el borde de la copa. Yo me encontraba sentado en una butaca alta apoyando mis brazos sobre la barra del bar, y pasando por detrás de mí, una persona marcaba fuertemente sus pisadas sobre el suelo, una persona grande y corpulenta, enfundada en un mono azul lleno de grasa, lo más seguro proveniente de un taller mecánico, y produciendo con su garganta un gruñido a la vez que alzaba el brazo, saludaba al camarero; sí, aquella forma de "gruñir" era su modo de desear tal vez "unos grandiosos buenos días a todos los presentes". Los pocos clientes que nos apoyábamos sobre el mostrador volvimos la cabeza al unísono fijando la mirada en aquel ser andante, escrutándolo desde la cabeza a los pies; algunos esbozaron una sonrisa medio hipócrita y el resto nos quedamos anonadados con la boca entre abierta. Los de la sonrisa medio hipócrita ya le conocían de otros encuentros y a los de la boca entre abierta, se nos notaba que era la primera vez que se cruzaba en nuestro camino, pero ninguno, le perdió de vista hasta que cruzando todo el mostrador fue a sentarse en una de las mesas utilizadas a la hora de comer y que se encontraban en un apartado al fondo, separadas por una celosía blanca a modo de crear dos ambientes distintos. Los parroquianos volvimos a nuestros desayunos copiosos y de momento nadie mostró más interés por esta persona.

El cáncer me comía las entrañas y sabía perfectamente que aquel grasiento chorizo, que se postraba desafiante ante mis ojos y engulliría con soberana gula, terminaría saliendo tal y como entró de mi estomago de una forma violenta; que mi cuerpo no sería capaz de asimilarlo como un alimento sano, necesario e imprescindible para mantenerme perfectamente nutrido, que aquella maldita enfermedad no le mantendría ni tan siquiera quince minutos y que por supuesto no le daría ni un instante al comienzo de la digestión. Todo aquel alimento, incluida aquella caña tan espumosa y fresca y el posterior café que me culminaría en el éxtasis, terminarían en cualquier retrete maloliente, en medio de una acera o en el asfalto entre dos vehículos aparcados.

La verdad, siempre se piensa que todo el mundo tiene derecho en esta vida y por qué no pensar que aquel "engendro", como muchos le denominamos, también lo tuviese, no menos que nosotros por supuesto, porque entre nuestros comentarios pensábamos que deberían estar en una escala inferior de la sociedad o encerrados entre cuatro paredes por presentar a simple vista alguna anomalía mental. No apostábamos por que tuviese más personalidad y más educación que muchos de los que allí nos encontrábamos degustando el primer café de la mañana, que no pertenecía a la raza humana, ni tendría inteligencia y sobre todo, seguro que sería rara persona, violenta y que no debería andar suelto alegremente por la vida, cruzándotelo por cualquier calle sin saber como respondería o actuaría.

De su bolsa de deportes, extrajo con sumo cuidado un tarro de cristal con tapa de plástico con la etiqueta en el dorso de "Nocilla dos sabores", de aproximadamente medio kilo de contenido, lo soltó sobre la mesa, levantó la cabeza dirigiéndola hacia la barra del bar y levantando la mano, volvió a emitir un "gruñido" monosilábico que el camarero rápidamente entendió. En pocos segundos, uno de los camareros portaba sobre una bandeja un vaso grande de leche y una barra de pan entera, los cuales dejó posados sobre la mesa donde se encontraba aquel muchacho; éste lo recibió con una serie de palmaditas al estilo "chocar de aletas de las focas del zoo cuando reciben un pescadito por realizar bien el trabajo". El camarero dio media vuelta y se retiró con una sonrisa en la boca mientras esbozaba "que bien te veo... Clodomeo" a lo que replicó el muchacho con un "eso es porque te jode que me como todo lo veo". Y "Clodomeo" cortó los dos extremos de la barra de pan y los retiró hacia un extremo de la mesa, el resto de pan que le quedó lo cortó por la mitad y separando las dos partes comenzó a untar "Nocilla dos sabores" a diestro y siniestro sin reparar en la cantidad y la estética. Estaba claro que tenía que gastar medio tarro del chocolate pastoso repartiéndolo sobre las dos mitades, una de cada color y por supuesto, que lo conseguiría a pesar de mi gesto de repugnancia y asombro a la vez. Una persona que se traga una barra de pan repleta en su interior de "Nocilla dos sabores", no puede ser normal, ni tener buenos pensamientos y sobre todo lo que más envidiaba, tener ese estómago de acero para disfrutar aquel manjar. Tras terminar el bocadillo y tener la comisura de los labios repleta de chocolate negro y blanco, tragó de un sorbo todo aquel vaso de leche y a continuación, aunque no se dejó escuchar por la distancia que nos separaba, de su boca salió un estruendoso y enorme eructo que espantaría a todos los animales de una selva entera. Un "fenómeno" del Universo, pensé para mi mismo; un "marqués" de la vida, volví a decirme en tono bajito; un "artista" de la vida cotidiana.

Hacia muchos años que no actuaba yo de esa manera, que no comía de esa manera y mirándome a mí mismo, sentí una gran envidia. A continuación, corrí hacia el servicio y deposité todo mi exquisito desayuno sobre la taza del retrete de un golpe de estomago como presentí unos minutos antes. Al salir del baño, me tropecé con aquel muchacho asustándome y agarrándome del brazo esbozó un "¿se siente mal señor? ¿puedo hacer algo por usted?". Sus ojos radiaban preocupación y humanidad y con un gesto de cabeza le hice denotar que me encontraba bien, que no podía hacer nada por mí. Pensé en los pensamientos hipócritas que tuve hacia unos minutos, "encerrar a estas personas entre cuatro paredes". Solamente él se había preocupado por mi salud, los demás me dieron la espalda... deberían encerrarnos a todos nosotros. Ellos son los normales y no nosotros.

Apoyado sobre su mesa durante unos instantes, me sentí mejor y al observar su rostro, de gran preocupación, le pedí perdón, me emocioné de lástima y a la vez de rabia. ¡Qué poco conocemos a las personas! ¡Cómo realizamos juicios tal alegremente!. Me dirigí a la barra y pagando mi cuenta y la del muchacho, salí del bar sonriendo dejando una succulenta propina por el olor que dejaba en el escusado.©